estais chanceando? Se necesitan pistolas de combate. Los adversarios propusieron las pistolas de M. Alejandro Dumas. Se echaron suertes con una moneda de oro, y se decidió que se emplearian las pistolas de mi cuñado Julio.

El presidente: Se ha examinado al criado de M. Granier de Cassagnac y no ha dicho nada de la hora en que se os llevaron las pistolas.

El acusado: Yo no sé quien las llevó, pero á media noche las tenia mi portero.

El presidente: Es bastante estraño que vos que pasais por hábil, no os hayais nunca servido de las pistolas de vuestro cuñado. ¿No frecuentais los tiros?

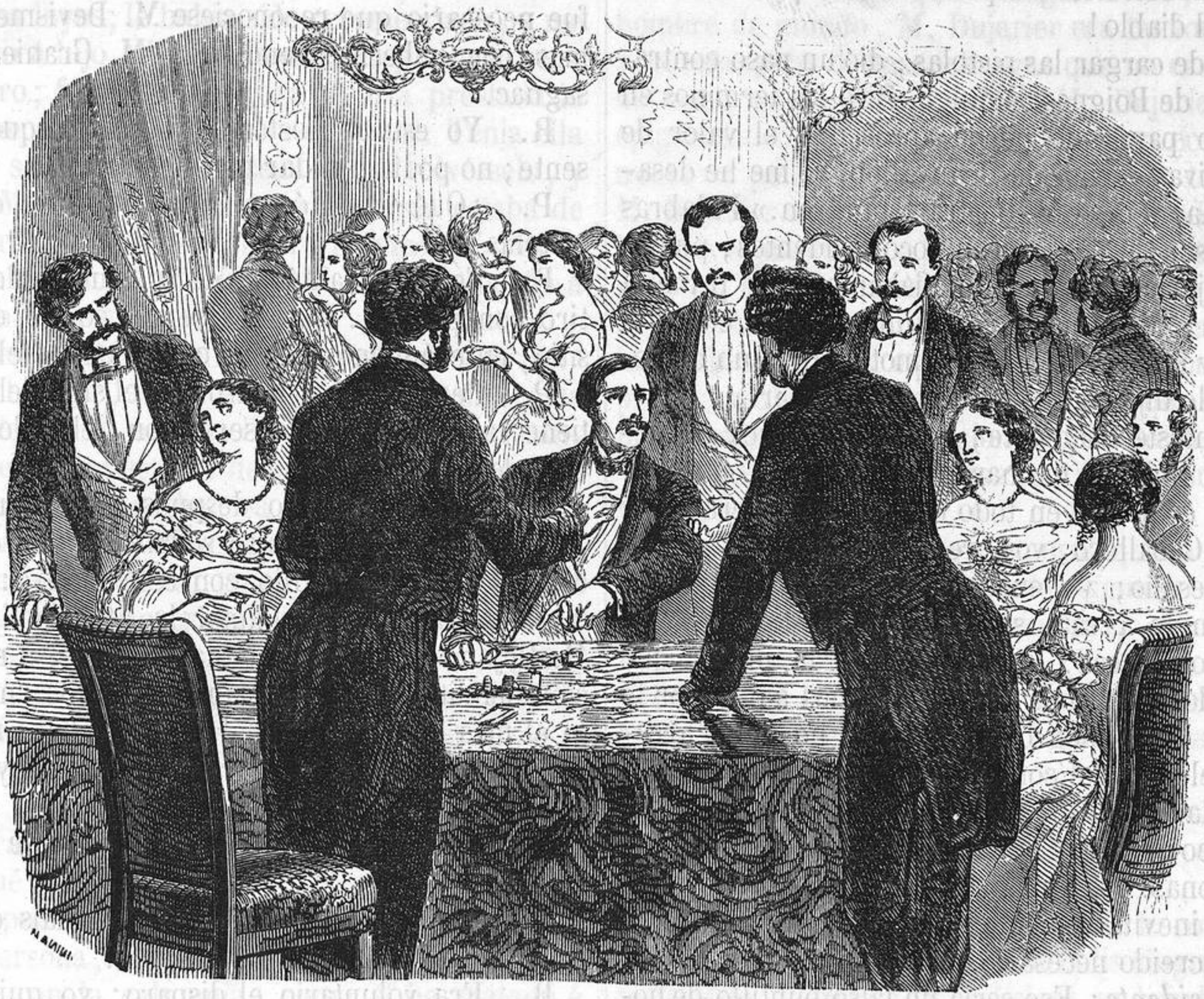
R. Puede llamarse á todos los dueños de tiros de París y se verá que no me conoce ninguno.

P. No obstante, M. de Flers, ha dicho cuando se insistia sobre la pistola: ¡cielos! ¡es mucho mas hábil en la pistola!

R. Se queria hacer prevalecer la espada y por eso se exageraba mi destreza.

P. A la noche, os propuso d'Ecquevillez sus pistolas, ¿por qué fuísteis, pues, á buscar las de vuestro cuñado?

R. Porque aquellas pistolas eran muy malas y



Una partida de sacanete.

temia que las desecharan los adversarios, como sucedió en efecto.

P. Las pistolas se hallaban en casa del arcabuzero Devismes, y vuestro cuñado dijo que ignoraba cómo os las procurásteis.

R. Yo no hablé mas que una vez de este duelo á mi cuñado y en un momento en que consideraba probable el desafio. Tal vez, le dije, ¿puedes prestarme tus pistolas?

El presidente: Decid en qué empleásteis la mañana del duelo.

Beauvallon: Me levanté á las siete y bajé con las pistolas que habia encontrado en la portería la noche anterior al entrar en casa.

P. El portero no se acuerda de nada de eso. Es un hecho nuevo. ¿Salísteis de vuestra casa antes de las siete?

R. No, entre *siete y cuarto á siete y media.* Fuí á buscar un carruaje, para ir á casa d'Ecquevillez, y habiendo encontrado uno al cabo de un cuarto de hora, fuí á Chaillot. A las ocho y cuarto estaba en la calle de Batailles: entregué las pistolas á d'Ecquevillez, y preguntándome si me habia servido de ellas, contesté que no, como es cierto. Partí y entré en un omnibus que me condujo á la calle de San Lázaro. Fuí á casa de un amigo mio llamado M. Berard donde permanecí una hora; y á las diez y media me volvi á casa á esperar á mis testigos.

P. ¿Cómo no esperásteis en vuestra casa á vuestros testigos que debian arreglar á las nueve las condiciones del combate?

R. No creia que mis testigos escogieran para esto una hora inmediata al duelo, porque no se hace nunca.

En mi casa encontré á mis testigos: partamos pronto, dijeron; se ha pasado la hora. Censuréles

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación